

Algar

COLLECCIÓN
CALCETÍN

El disco diabólico

Jordi
Sierra i
Fabra



CD 1
EL SEÑOR DE LA MÚSICA

Canción 1

El logotipo de Karma Discos brillaba en la sala de espera como si fuera un anuncio mágico, un pasaje para el paraíso. «Zas» y «ffsss...», se encendía y se apagaba esparciendo estrellitas. Estaba hecho de neón rojo y azul, y la guitarra animada que bailaba en el medio se hallaba sentada en posición de loto. Una guitarra haciendo zen. Pero la combinación resultaba tan sugestiva como cálida.

O al menos así se lo parecía a él.

Llevaba tantos años, desde que era niño, soñando con estar allí, con grabar y editar para Karma Discos, que ahora, cuando se hallaba a las puertas de la decisión más importante de su vida...

No se lo podía creer.

En cualquier momento aparecería por allí Daniel Montroig, el roquero, o Edelmira Patarroya, la líder de Tormenta de Plumas, o incluso Flux & Maxi que, aunque se decía que se llevaban fatal, iban siempre juntas a todas partes, en la cumbre de su éxito. Y no solo se trataba de los músicos y artistas que ahora mismo pegaban. Por allí flotaba la esencia de Los Dormidos, y de Plexiglás & Cartón, y de J. J. Jotas, y de tantos y tantos otros que durante los muchos años de existencia de la discográfica habían llenado el mundo de canciones y éxitos.

Porque estaba en la sala de espera de Karma Discos.

¡Él, Zósimo Garriga Garriga!

Bueno, Zosi para los amigos y para los discos y para la fortuna que le esperaba en menos de cinco o diez minutos.

Llenó los pulmones de aire y la cabeza de sensaciones. Un día, cuando le entrevistaran y contara su vida, o sus experiencias, o cuando escribiera sus memorias, tendría que decir exactamente cómo se sentía en aquel momento.

¿Y cómo se sentía? Pues nervioso. Muy nervioso.

A fin de cuentas, habían tenido su maqueta a prueba durante tres meses. ¡Tres meses! Eso quería

decir que se la habían oído bien, que la habían estudiado, desmenuzado, analizado, y que, finalmente, estaban seguros. Si no les hubiera gustado, se lo habrían dicho unos días después, o no le habrían llamado. Pero le habían llamado. Por teléfono. Estaba allí.

Los segundos transcurrían muy despacio.

«Zosi, la revelación del año», «Zosi, la música del milenio», «Zosi, la voz», «Zosi...».

¿Y si no les gustaba Zosi? Era su nombre, sí, pero... Desde luego su padre le había hecho una jugarreta. ¡Zósimo! Había que seguir la tradición y todo ese rollo, pero... ¡Zósimo?

Ningún roquero se llamaba Zósimo.

Tamborileó los dedos en la pierna, miró la puerta cerrada de la sala de espera, se puso más nervioso por el tecleo y se levantó. Dio un par de pasos, se detuvo por la presencia de la pared frontal, retrocedió y volvió a detenerse. El neón casi resultaba hipnótico. «Zas-ffsss...». Más pasos. «Zas-ffsss...». Comenzó a parecer un león enjaulado. «Zas-ffsss...».

Le presentarían al director, al jefe de promoción, al abogado, para empezar a hablar de contratos. Tendría que buscarse uno. ¡Y un representante! Eso lo primero. No había ninguna estrella que se

preciara sin el habitual representante que lo amparaba, protegía, discutía, mimaba y velaba. ¡Las *fans* eran terribles!

Con lo que le gustaban las *fans*.

Cientos, miles, millones de chicas enamoradas de él.

Y gritando: «¡Zosi! ¡Zosi! ¡Zosi!».

Las escenas que se amontonaban en su mente eran tantas y tan fuertes que la cabeza comenzó a darle vueltas, amenazando con estallarle. Se lo tendría que tomar con calma.

¡No, nada de calma! ¡Ya llevaba veinticinco años calmado! ¡Ahora... un, dos, tres, marcha!

¡Ese era el espíritu del *rock*!

Ya descansaría cuando se muriera, o cuando llevase veinte años y unos doscientos discos de oro y platino. Tenía tanto dentro, tanto por sacar, y grabar, y ofrecer. Tantas canciones, tantas giras. Amaba la música de una forma absoluta.

¡Vamos, vamos! ¿A qué esperaban?

En aquel momento, se abrió la puerta de la sala de espera.

–¡Zósimo, hombre! ¡Qué alegría verte! –cantó una enorme sonrisa detrás de una cara familiar que entró en la estancia.